

El ocaso británico en México. De las causas profundas a los errores políticos

Lorenzo Meyer
El Colegio de México

At the beginning of the twentieth century, British investors maintained a close relationship with the Mexican government. By 1940 the relationship had ended. Such an ending was as much the result of Britain's decline as a world power as the consequences of a series of political mistakes made by the British Foreign Office. The Mexican Revolution and its nationalism were incomprehensible and unacceptable to British decision makers. In the political struggle that followed between the two countries, Great Britain lost an opportunity to reestablish its influence in Mexico, leaving the United States in a more advantageous position.

La hipótesis

Las revoluciones son explosiones de energía social y política de tal magnitud que no pueden ni quieren ser contenidas dentro de sus fronteras nacionales. La Revolución Francesa tuvo un impacto global profundo y de largo plazo; lo mismo puede decirse del movimiento revolucionario que un siglo y cuarto más tarde estalló en Rusia. En contraste con esas dos revoluciones clásicas, la mexicana de 1910 se encuentra en el extremo opuesto del espectro: el grueso de sus efectos destructivos y constructivos se concentraron en el ámbito interno y su impacto en el exterior fue más bien modesto, pero lo tuvo.

La naturaleza de la ideología es uno de los factores que permiten explicar esta diferencia en el impacto internacional de las revoluciones. En Francia y Rusia, la chispa que prendió el incendio que acabó con el antiguo orden fueron un puñado de ideas universales, para las cuales las fronteras nacionales significaban poco o eran de plano un obstáculo. La ideología del movimiento mexicano, en cambio,

y aunque inspirada en valores y propuestas de valor general, no eran originales y careció del sustento de una gran teoría. La obsesión del movimiento mexicano fue explicar y dar forma a un proyecto básicamente nacional, es decir, particular. En suma, la explosión social mexicana fue relativamente modesta en sus pretensiones: buscó redimir a México, no al mundo; volcó su mirada hacia adentro, no hacia afuera. Ahora bien, incluso bajo estas premisas, la Revolución Mexicana tuvo efectos en el exterior.

En términos generales, la repercusión internacional de la Revolución Mexicana fue de dos clases: una fue la ideológico-política, y que se ejemplifica, entre otros casos, en su influencia en el surgimiento del Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en Perú o en su apoyo al antiimperialismo de los liberales nicaragüenses; la otra fue político-económica, y se centró en la confrontación del nacionalismo revolucionario con la inversión externa en México y con la influencia política y cultural de las grandes potencias en el desarrollo nacional. Este ensayo se refiere a este segundo tipo de repercusión y toma como caso de estudio la relación anglo-mexicana.

La hipótesis que sirve de eje al ensayo no es particularmente novedosa, pero en cambio tiene la ventaja de ser clara: la Revolución Mexicana fue un factor que aceleró de manera notable el declive de la influencia británica en México—económica y política—en el siglo XX. Las razones detrás de ese fenómeno son, básicamente, dos: (a) razones históricas globales y de largo plazo que desplazaron a Gran Bretaña de su posición central en el sistema económico y político mundial, y (b) una cadena de errores políticos de la Foreign Office frente a los procesos revolucionarios mexicanos; se trató de errores sistemáticos a lo largo de tres lustros y que fueron resultado de una caracterización errónea del movimiento revolucionario y de sus líderes. En efecto, una y otra vez, los encargados británicos de formular y poner en práctica la política de esa gran nación imperial hacia México—país que, desde luego, ocupaba un lugar muy secundario en la agenda de los diplomáticos de su majestad británica y de los responsables políticos de esa nación en general—, se equivocaron sistemáticamente en sus diagnósticos y predicciones; una y otra vez los prejuicios pudieron más que el buen análisis y el buen juicio políticos. El resultado fue que la diplomacia británica apoyó siempre a las facciones perdedoras y confrontó, innecesariamente, a los ganadores del nuevo orden.

El punto de partida

En 1910 había 5 274 súbditos de su majestad británica viviendo en México. La colonia británica era, pues, pequeña, pero su in-

fluencia era desproporcionada en relación a su número, pues estaba montada en el control y administración de intereses valuados entre 100 y 150 millones de libras esterlinas (500 a 750 millones de dólares), que representaban alrededor del 15 por ciento de la inversión total británica en América Latina.¹ Esta inversión era superada únicamente por la norteamericana. Al lado de estas inversiones—y apoyándose en ellas—, estaba el comercio—alrededor del 20 por ciento del intercambio mexicano con el exterior se hacía con Gran Bretaña—que, en ambos sentidos, equivalía a tres millones de libras esterlinas anuales en promedio. México exportaba a las islas británicas metales preciosos, cobre, maderas finas y fibras vegetales; de Gran Bretaña recibía carbón, textiles, hierro, acero y, en menor proporción, maquinaria y productos químicos.²

En 1910, las tres cuartas partes de los intereses británicos en México se encontraban concentrados en tres grandes áreas: ferrocarriles (40.5 por ciento), servicios públicos (21.5 por ciento) y minería (12 por ciento); la actividad petrolera apenas iba a arrancar.³ Esa gran inversión estaba protegida no únicamente por el poder político británico y, sobre todo, por los mecanismos que el mercado mundial tenía a su disposición para apoyar al inversionista de los países centrales en los periféricos, sino también—y esto es muy importante—, por la propia voluntad del gobierno de México. En efecto, el régimen liberal y oligárquico encabezado por el presidente Porfirio Díaz, durante 26 años de ejercicio ininterrumpido de un poder personal sin contrapesos, construyó una relación de especial cercanía con la inversión europea en general y con la británica en particular. Detrás de esta relación estaba una visión del interés nacional mexicano que consideraba a la presencia británica en México un necesario contrapeso a la creciente influencia económica y política de Estados Unidos. Los británicos, por su parte, estaban

1. Luis Nicolau D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", en *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida económica*, ed. Daniel Cosío Villegas (México: Editorial Hérmes, 1965), 2: 1141; John Henry Richardson, *British Economic Foreign Policy* (Londres: George Allen & Unwin, 1936), 63; *The Economist*, 25 de marzo de 1911; *The Times*, 12 de septiembre de 1907; James F. Rippy, *British Investment in Latin America, 1822-1949* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1959), 45, 66 y 95.

2. Fernando Rosenzweig, "El comercio exterior", en Cosío Villegas, *Historia moderna*, 2: 713; Foreign Office, Gran Bretaña, *Report for the Year 1895 on the Trade of Mexico, Annual Series Num. 1827* (Londres: Her Majesty's Stationary Office, 1896), 4.

3. Para una lista de las principales empresas británicas en el México de principios del siglo XX, véase a Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal* (México: El Colegio de México, 1991), 63.

perfectamente conscientes del papel que Díaz les había asignado y lo desempeñaban, aprovechándolo, a fondo.⁴

En relación a la competencia económica anglo-americana en México al principio del siglo, conviene resaltar un hecho: los representantes del gobierno de Londres suponían que si la buena voluntad mexicana se mantenía, entonces se podría retrasar o incluso evitar la paulatina pérdida de la importancia relativa del capital británico; un fenómeno que, en diferentes grados, afectaba a los británicos en toda América Latina. Esta visión relativamente optimista no era unánime, ya que en el campo británico había también quienes daban por perdida, en el largo plazo, la competencia económica y política con Estados Unidos en el subcontinente americano. Sin embargo, incluso los más pesimistas consideraban que, con inteligencia y un poco de suerte, Gran Bretaña podía contener, si no a los norteamericanos, al menos a los alemanes, y conservar el segundo lugar entre los socios externos de la oligarquía porfirista.⁵

Cuarenta años más tarde, a mediados del siglo, y después de una revolución en México y de dos guerras mundiales de las cuales salió formalmente victoriosa Gran Bretaña pero económicamente perdedora, la colonia británica en México era, según las cifras oficiales, de apenas 1,228 personas, es decir, una quinta parte de lo que había sido al finalizar el Porfiriato. Los ferrocarriles—orgullo de la tecnología británica—habían dejado de ser el centro de la comunicación interna y, además, ya era mexicanos. También ya eran historia las empresas eléctricas y tranviarias. Del contratismo para las obras públicas no quedaba más que el recuerdo, y éste no era bueno. Las compañías petroleras—la joya de la corona desarrollada a partir de la Revolución—no estaban más en manos de británicos o de nacionales de cualquier otro país extranjero sino que eran propiedad del Estado mexicano. La actividad minera habían perdido importancia relativa y la participación británica en ella también. Los bonos de la deuda mexicana estaban devaluados, y el total de la inversión directa británica en México era de apenas 40 millones de dólares, es decir, unos 15 millones de libras esterlinas (aunque otros cálculos, más optimistas, la situaban en los 85 millones), y significaban apenas un décimo de lo que había sido cuarenta años atrás y equivalían al 5 por ciento de la que los norteamericanos tenían en México.⁶

4. Public Record Office (de aquí en adelante se citará como PRO), ministro Tower a la Foreign Office, 18 de diciembre de 1906, F 189, V. 277, P. 189 y *The Times*, 12 de septiembre de 1907.

5. Charles Reginald Enock, *Mexico: Its Ancient and Modern Civilization, History and Political Conditions, Topography and Natural Resources, Industries and General Development* (Londres: T. F. Unwin, 1909), 355-56.

6. El cálculo menor proviene de: Bernardo Sepúlveda y Antonio Chumacero,

Frente a las frías y duras cifras de la caída de lo que alguna vez fue una presencia robusta, se abre la siguiente pregunta: la pérdida de presencia británica en México, ¿fue sólo resultado inevitable de la decadencia de Gran Bretaña como potencia mundial o hubo, además, otras razones? No hay forma de determinar con exactitud la medida en que la disminución de la influencia británica en México entre la caída del antiguo régimen en 1911 y la consolidación del nuevo a mediados del siglo se explica por la pérdida de espacio de Gran Bretaña en el centro del sistema económico mundial, y en qué proporción se explica por los errores políticos de británicos en su relación con las nuevas élites mexicanas. Lo único cierto es que la política británica en México entre 1911 y 1950 cometió errores importantes, y eso afectó negativamente al capital británico. A mediados del siglo la economía de Gran Bretaña equivalía a un quinto de la norteamericana, pero en México esa relación anglo-americana, medida por el monto de la inversión de cada país, era de uno a veinte.⁷

La Revolución: Sorpresa, furia y desaliento

Al principiar el siglo, la importancia de América Latina en el panorama global de los intereses británicos era mínima. Ahora bien, en la medida en que había conciencia entre el público inglés de la existencia de un interés británico en Latinoamérica—para ese público la región era apenas un subcontinente exótico que estaba al sur de Estados Unidos—la imagen del régimen mexicano difícilmente podía ser mejor. Desde la perspectiva de Londres, “ningún elogio es demasiado” respecto del presidente permanente de México. Desde ese punto de observación, Díaz era, quizá, “el hombre más grande del siglo XIX” o, al menos, “el más sabio de los déspotas modernos”, un auténtico estadista al que el monarca británico había ya distinguido con la “Order of the Bath”.⁸ Era verdad que el dictador gobernaba a México con mano fuerte, pero no había alternativa, pues era la única forma de hacerlo. La sola mancha en la hoja de servicios

La inversión extranjera en México (México: Fondo de Cultura Económica, 1973), 124. En contraste, James F. Rippy pone la inversión británica en México en 1949 en 85 millones de libras, *British Investments in Latin America, 1822-1949. A Case Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions* (Hamden, Conn.: Archon Books, 1966), 95 y ss.

7. Los datos para medir la importancia relativa de las economías británica y norteamericana en 1950, fueron tomados de Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers* (New York: Vintage Books, 1989), 369.

8. Percy Falcke Martin, *Mexico of the Twentieth Century* (Londres: Edward Arnold, 1907), 1: 51 y Alec Tweedie, *Mexico as I Saw It* (Londres: Thomas Nelson & Sons, 1920), 76, 128-29 y 134-36, la edición original es de 1901.

de Díaz a los intereses británicos era la sospecha de que en algunas regiones el sistema de peonaje mexicano no se distinguía mucho de la esclavitud.⁹ Esta denuncia, cuando se hizo, fue enérgicamente desmentida por el personaje británico más influyente en México en ese momento: el gran contratista internacional de la obra pública mexicana, empleador de muchos peones, amigo personal de Díaz y hombre con estupidas conexiones en el Parlamento británico: Weetman Dickinson Pearson.¹⁰

La imagen misma de México como país en Gran Bretaña—en la medida en que existía—, era apenas un poco menos positiva que la de su líder. Según el puñado de observadores que en periódicos, revistas y libros alimentaban a la opinión pública en temas mexicanos, ese país ya tenía una clase media, y la mayoría indígena estaba saliendo de su larga noche de pasividad, apatía, gusto por lo ajeno e ignorancia. Es cierto que aún había que arrancar al indio de las garras del pulque, pero mediante la educación, el paso del tiempo y la preservación en México de una buena actitud hacia los extranjeros, el país podría convertirse en otro Transvaal.¹¹

El indígena mexicano, se dijo en Gran Bretaña, era tan cortés y deferente con respecto a los extranjeros, que bien se le podía calificar de “verdadero Chesterfield”, al que, desafortunadamente, ciertas doctrinas “socialistas” amenazaban con hacer menos útil “como sirviente” y como ciudadano.¹² En los informes confidenciales de los diplomáticos, la opinión sobre el indio, es decir, sobre la mayoría de la población mexicana, resultaba menos positiva. Para el ministro Reginald Tower en 1907, por ejemplo, “Es verdaderamente de dudar que el indio mexicano, término con el cual se conoce a los nativos de este país, sea realmente capaz de un desarrollo moral significativo”.¹³ Este temor se convertiría en certeza absoluta una vez que Díaz fuera obligado a dejar el poder, y sería una de las premisas fundamentales de la política británica hacia México.

En junio de 1910, *The Economist*, en un reportaje sobre Yucatán, afirmó que aunque todo parecía tranquilo en México, en el fondo de esa sociedad se estaban gestando problemas serios, tan serios que

9. Esta acusación esta hecha en el libro de John K. Turner, *Barbarous Mexico* (Chicago: C. H. Kerr & Company, 1910).

10. Science Museum Library of London, documentos de Weetman Pearson, Pearson a Body, 27 de mayo de 1910, caja A4-C2.

11. *The Times*, 9 de septiembre de 1907; Tweedie, *Mexico*, 60.

12. Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, 1: 212-13 y 2: 215; Enock, *Mexico: Its Ancient and Modern Civilization*, 156; *The Times*, 12 de septiembre de 1907.

13. PRO, FO 371, Tower a Foreign Office, 22 de febrero de 1907, V. 277, F. 189, P. 5895.

el autor simplemente no se animó a especificarlos.¹⁴ En realidad, esta vaga preocupación de *The Economist*, fue lo más cerca que estuvo el *establishment* británico de anticipar la Revolución Mexicana. En descargo de la visión tan simplificada e idílica del antiguo régimen cuando en realidad el país estaba al filo del agua, se puede afirmar que las contrapartes mexicanas de los británicos—los porfiristas—tampoco se percataron del diluvio que estaba por venir y que los habría de ahogar.

Una vez iniciado en noviembre de 1910 el levantamiento de Madero, los enviados del gobierno de Londres empezaron a preocuparse por la seguridad de los intereses creados. El ministro de su majestad en la ciudad de México temía que el gobierno de Díaz pudiera llegar a perder el control, pues el descontento político en México tenía bases reales.¹⁵ Sin embargo, para fin de año *The Times* recuperó el optimismo, y predijo la pronta derrota de los rebeldes y el retorno a la sólida normalidad.¹⁶

La caída de Díaz en mayo de 1911 tomó por sorpresa lo mismo a la Foreign Office que a los inversionistas y observadores. De golpe, los británicos se encontraron con que habían perdido su acceso privilegiado a los mecanismos del poder en México. Esa pérdida fue particularmente severa para Pearson, sus contratos de obra pública y su red de empresas: petroleras, ferroviarias, textiles, agrícolas, mineras, eléctricas, tranviarias, navieras y terminales de carga.¹⁷ La Compañía Mexicana de Petróleo “El Aguila”—empresa que habría de ser por un breve tiempo el centro del imperio de Pearson en México—tenía al coronel Porfirio Díaz Jr. en su consejo de administración; a partir de mayo de 1911, ese consejero pasó de ser una gran ayuda a ser un gran lastre. En el exilio, Díaz Jr. mantuvo un buen paquete de acciones petroleras, pero debió salir del consejo sin que nadie, con una posición equivalente en el nuevo sistema político, pudiera ocupar su lugar en la gran empresa británica.¹⁸

El estallido del movimiento revolucionario fue calificado desde Londres por una observadora como “la calamidad más grande que ha conocido México”.¹⁹ En realidad, a ese comentario debería de haberse añadido: “particularmente para los intereses británicos”. La Revolución Mexicana no sería un problema para los británicos sólo

14. 11 y 25 de junio de 1910.

15. PRO FO 371, Tower a Foreign Office, 28 de noviembre de 1910.

16. 29 de diciembre de 1910.

17. La lista se encuentra en Meyer, *Su Majestad Británica*, 85.

18. Carlos Tello Díaz. *El exilio. Un relato de familia* (México: Cal y Arena, 1993), 197, 278-79, 332.

19. Ethel B. Tweedie, *Mexico, from Díaz to the Kaiser* (New York: George H. Doran Company, 1917), 2.

porque dificultara el acceso de sus diplomáticos, contratistas y empresarios al nuevo poder—nunca volverían a recuperarlo en los términos que lo tuvieron hasta 1911—, sino por algo más importante: porque la caída de Díaz significó el fin de la estricta disciplina política y social del país, que tanto había ayudado a la buena marcha de las diferentes empresas extranjeras. De manera súbita, a partir de 1911, el entorno de esas empresas en México se volvió peligroso, impredecible e incontrolable, especialmente para aquellas inversiones cuyos gobiernos no podían ejercer la gran presión que Washington sí podía en defensa de sus conacionales. Para sortear los nuevos obstáculos, los británicos hubieran requerido de suerte y, sobre todo, de un buen análisis de las fuerzas en pugna; desafortunadamente no tuvieron la primera ni lograron lo otro.

Por largo tiempo, el torbellino revolucionario que se inició en 1910 no sería aceptado ni comprendido por los responsables británicos. Estos, dentro de sus posibilidades, hicieron todo lo posible para negarle legitimidad a la Revolución y por obstaculizar su consolidación. Sólo hasta bien entrados los años veinte el gobierno de Londres se decidió a buscar el compromiso, el acomodo con el nuevo régimen. Sin embargo, para entonces ya habían perdido oportunidades, acumulado resentimientos y estaban completamente sometidos a las iniciativas norteamericanas en materia de política mexicana.

Para la diplomacia británica, la rebelión maderista y todo lo que le siguió no fue visto como el resultado de las fallas centrales del antiguo régimen—aunque se llegó a aceptar que “el Gran estadista”, Díaz, no había sido tan grande y había cometido errores y excesos—,²⁰ sino básicamente como un terrible accidente, que nada bueno podría traer; en Londres se predijo que México no tardaría en lamentar la ausencia de Díaz.²¹ Es verdad que un buen número de mexicanos lamentaron la caída de Díaz, no hay duda; pero pocos lo lamentaron tanto y por tanto tiempo como aquellos británicos que debieron permanecer en un país en manos de personajes tan poco agradables a ojos británicos como Villa, Zapata, Obregón o Cárdenas.

Llegado a este punto, se puede presentar una primera conclusión: pese a su falta de institucionalización, los británicos en México nunca previeron la posibilidad de un final catastrófico de la dictadura porfirista; confiaron en que los intereses creados por el sistema oligárquico eran tantos y tan fuertes que la élite mexicana

20. *The Times*, 18 de septiembre, 27 de octubre y 16 y 21 de noviembre de 1911.

21. PRO, FO 371, encargado de negocios a la Foreign Office, 18 de mayo de 1991.

tendría el buen sentido de permanecer unida cuando la muerte quitara al dictador de la silla presidencial. A partir del resquebrajamiento y colapso del sistema de poder en 1911, la política británica no vio ni consideró mejor alternativa para México y para sus intereses que la reimplantación de la dictadura.²²

El militarismo llegó justo a tiempo, pero se fue cuando no debía

Para los observadores británicos, Madero se había equivocado trágicamente al pretender “conducir el caballo mexicano con la suave rienda de la teoría constitucional, en lugar del freno del autoritarismo salvaje con que la criatura había sido dominada”.²³

El apoyo británico a las presiones del embajador norteamericano contra Madero durante el levantamiento militar de febrero de 1913 en la ciudad de México es un tema que ya ha sido examinado a fondo por la historiografía especializada.²⁴ Para el ministro de su majestad en México en 1913, la sustitución del gobierno de Madero por otro encabezado por los generales Victoriano Huerta y Félix Díaz resultó la mejor de las soluciones posibles. En una nación semicivilizada como México, dijo a Londres, una política democrática al estilo maderista llevaba inevitablemente a que afloraran las naturales inclinaciones mexicanas al robo y al pillaje.²⁵ El asesinato del presidente Madero no fue, por tanto, motivo de lamentación o escándalo en la legación británica, ni produjo condena alguna en Londres; el ministro lo aceptó y lo explicó a sus superiores simplemente como el precio normal que se pagaba por un fracaso político en sociedades como la mexicana.²⁶ La Foreign Office lo tomó con igual espíritu, y nunca dudó en extender su reconocimiento a los golpistas, pues, a pesar de que la moral de éstos era dudosa, también era cierto que se trataba de las personas adecuadas en el lugar y momento oportunos.

Desde esta perspectiva, resulta perfectamente comprensible la extrañeza primero, y el rechazo, el enojo y la frustración después, de la Foreign Office frente a la política mexicana que diseñó el presidente Woodrow Wilson en 1913, inmediatamente después de asumir el poder en nombre de “La Nueva Libertad”. Prácticamente

22. Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, 2: 11-13.

23. Tweedie, *Mexico, from Díaz*, 135.

24. Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914. The Diplomacy of Anglo-American Conflict* (Cambridge: Cambridge University Press, 1968).

25. PRO, FO 371, ministro Stronge a Foreign Office, 4 y 17 de febrero de 1913, V. 1670 y 1671, F. 6269, P. 7750 y 7624.

26. PRO, FO 371, ministro Stronge a Foreign Office, 24 y 28 de febrero de 1913, V. 1671, F. 6269, P. 13391 y 9678.

desde el principio, Wilson se negó a aceptar lo que había sido natural para sus antecesores republicanos: que el interés norteamericano de largo plazo en México y América Latina estuviera mejor servido por un dictador militar que por un presidente electo. Para Wilson—siempre el profesor de ciencia política—, la dictadura retardaba la modernización política, en tanto que la democracia la impulsaba y garantizaba la estabilidad de largo plazo. Por ello, Wilson se opuso a dar al dictador mexicano el apoyo político y económico que los europeos—particularmente los británicos—demandaban. Es más, el nuevo jefe del gobierno de Estados Unidos hizo todo lo posible por bloquear el apoyo europeo a los golpistas y, en cambio, exigió la renuncia de Huerta, nuevas elecciones y la reanudación del frustrado experimento democrático de Madero.²⁷ Desde la perspectiva de la Casa Blanca wilsoniana, sólo la institucionalización de un proceso político democrático en México podría garantizar el interés de largo plazo de norteamericanos y europeos al sur del Río Bravo.²⁸

Los británicos—al igual que el resto de los países europeos—no dudaron nunca que la solución militar fuera la adecuada para resolver el problema mexicano. Fue tanta su confianza, que no consideraron siquiera el entablar contactos informales con los líderes rebeldes (los constitucionalistas), cosa que los norteamericanos sí hicieron y aprovecharon muy bien. Así, pues, el menosprecio de las posibilidades de los constitucionalistas y la sobrevaloración de Huerta y su ejército fue un nuevo error británico que pronto tendrían que pagar.

Para los británicos, Carranza y la heterogénea coalición revolucionaria en que se apoyaba eran, literalmente, actores políticos indeseables, intratables y, sobre todo, inviables. Desde la perspectiva del ministro británico acreditado ante el general Huerta, Sir Lionel Carden, la “perniciosa” propaganda maderista había terminado por hacer creer a los indios—que desafortunadamente eran mayoría—que la propiedad de las clases acomodadas—en particular la tierra—debería ser de ellos. Esta idea, tan simple como errónea, dijo Carden, ya había provocado que se desataran los “instintos depredadores” propios de ese grupo social y, por tanto, no había nada que tratar con ellos. Para *The Times*, la conducta de los constitucionalistas no estaba lejos del salvajismo, y aquellos pocos jefes del movimiento que no eran meros bandidos lo parecían, y mucho. Finalmente, a ojos británicos, los rebeldes no eran realmente revolucionarios, pues carecían de un proyecto político digno de tal

27. El mejor análisis sobre esta controversia anglo-americana se encuentra en la obra ya citada de Calvert.

28. Arthur S. Link, ed., *The Papers of Woodrow Wilson*, vol. 38 (Princeton: Princeton University Press, 1978), 458-63.

nombre. De entre todos los grupos en armas contra el gobierno militar, el peor, a ojos ingleses, era el zapatismo, por su tinte “socialista” y por estar jefaturado por un “rufián”. En resumen, señalaba el diario londinense a fines de 1913, la raza blanca estaba perdiendo prestigio en México y había que restaurarlo por la fuerza.²⁹ *The Economist* también desechó la posibilidad de tratar con los constitucionalistas, pues el peón que antes era casi un esclavo del hacendado ahora “se encuentra mejor de lo que nunca soñó: es poseedor de un caballo que robó, viste ropa tomada de los almacenes que saqueó, lleva un rifle que tomó de una cárcel que atacó, dispone de alcohol en abundancia y de la libertad de ir a donde le venga en gana”.³⁰

De un material humano tan deleznable, y en esas condiciones de anarquía, simplemente era imposible que brotara un gobierno civilizado; había, pues, que ponerlo en su lugar con puño de hierro, y pronto.

En varias ocasiones los constitucionalistas advirtieron directamente a los británicos que se abstuvieran de dar ayuda económica y política al huertismo, por tener éste un origen ilegítimo.³¹ La respuesta británica fue una ignorancia olímpica del mensaje y de los mensajeros, más el envío de algunos buques de la armada real a puertos mexicanos del Golfo y del Pacífico. Desafortunadamente para los británicos, en las condiciones de México esa fuerza naval no resultó nunca una amenaza creíble a ojos constitucionalistas, cuya única y real preocupación eran las fuerzas norteamericanas.

Para tratar con una revolución como la mexicana... basta un encargado de archivo

Al caer Huerta, el ministro británico, profunda y personalmente identificado con el dictador, dejó de ser efectivo y debió abandonar el país. A partir de ese momento, la Foreign Office decidió que lo apropiado políticamente era mantener su representación en México en el nivel más bajo posible en tanto no retornara el orden y no se dieran las seguridades apropiadas. Este fue otro nuevo error, pues el orden tardaría aún en llegar y tardarían todavía más los compromisos del nuevo régimen con los intereses extranjeros. Pero esos intereses—plantaciones, minas, ferrocarriles, campos petroleros, etcétera—requerían protección inmediata en una situación extraordinariamente fluida y llena de peligros. Y para actuar de manera

29. PRO, FO 371, Carden a Foreign Office, 28 de octubre y 7 de diciembre de 1913, V. 1678 y 1679, F. 6269, P. 53196 y 55276; *The Times*, 3 de noviembre y 3, 6, 10, 13 y 30 de diciembre de 1913.

30. 27 de septiembre de 1913.

31. *New York Times*, 24 de mayo de 1913.

apropiada, las cancillerías de las potencias, incluida Inglaterra, necesitaban de información constante y en el nivel más profesional posible. Sin embargo, la Foreign Office, para mostrar su poca estima hacia los nuevos amos de México—los revolucionarios—, fue bajando la categoría de sus representantes en la ciudad de México, trasladó el puesto de observación a su embajada en Washington y dejó su legación e intereses en México en manos de un diplomático del más bajo nivel. Sólo el cuerpo consular mantuvo la presencia de profesionales del servicio exterior británico en México, pero ese cuerpo estaba formado por apenas un puñado de individuos y operaba con muchas limitaciones.

A partir de mayo de 1917—justo cuando la nueva constitución, el armazón jurídico del nuevo régimen, iba a entrar en acción— Londres decidió que la situación mexicana era tan anárquica que apenas si era adecuado dejar al frente de su legación a un diplomático que no era de carrera: Herbert Ashley Cunard Cummins. En circunstancias ordinarias, el señor Cummins nunca hubiera figurado en la nómina de la Foreign Office, sólo el caos revolucionario mexicano y el absoluto desprecio de la Foreign Office a la Revolución y a sus hombres le abrieron esa singular oportunidad.

Cummins tenía en 1917 46 años, era soltero y sin conexiones dentro de la pequeña colonia británica y aún menos fuera de ella. El improbable diplomático había llegado a México en busca de fortuna al iniciarse el siglo; probó su suerte en varios negocios pequeños, pero en ninguno tuvo éxito. Fue con este trasfondo de fracaso que en 1916 se incorporó al personal de la Legación ¡como agregado comercial! De 1918 a 1924 se mantuvo de manera ininterrumpida como encargado de negocios o de archivo, aunque en forma tan irregular que varias veces el gobierno revolucionario—irritado por su actitud contrarrevolucionaria—lo consideró un simple particular, se negó a tratar con él y prefirió vérselas con el cónsul general; pero, por órdenes de Londres, los cónsules buscaron no tomar el papel de Cummins como interlocutores de los mexicanos.

Cummins nunca logró una buena aceptación entre la colonia británica en México. Y menos cuando los representantes de esa colonia concluyeron que, pese a lo desagradable del hecho, la defensa de sus intereses requería reconocer ya a Carranza como el líder del nuevo régimen y elevar el nivel de la representación diplomática, es decir, enviar un ministro. Cummins se opuso tajantemente a ese proyecto, pues, según él, la presencia de un nuevo ministro en México simplemente dignificaría a un gobierno que no era tal. No faltó quien considerara que la intransigencia de Cummins se debía a que su empleo dependía enteramente de que continuara

la situación irregular en las relaciones anglo-mexicanas. Las otras potencias europeas no siguieron el ejemplo británico sino el norteamericano, y reconocieron a Carranza. Fue así como, en relación a México, terminó por ser Gran Bretaña y no Carranza quien se quedó aislada. El gobierno carrancista no lamentó mucho esta situación, pues la ausencia de relaciones formales le permitió ignorar o relegar las protestas y reclamaciones de los británicos.

La mala voluntad del presidente Wilson, combinada con otra igual de Carranza, fueron elementos centrales en la decisión que tomó Weetman Pearson—que para entonces ya era Lord Cowdray—de deshacerse de la mayoría de sus intereses en México, en particular de sus acciones en el Ferrocarril de Tehuantepec y en la American Hawaiian Steamship Company, pero, sobre todo, en la gran Compañía de Petróleo “El Aguila”.³²

No hay duda—las decenas de despachos de Cummins así lo muestran—que el encargado de archivo o de negocios, según se quiera, desarrolló una fuerte antipatía por los revolucionarios en general y por Carranza en lo particular. Entre 1917 y 1920, una y otra vez Cummins informó a sus superiores que la corrupción e incapacidad de Carranza hacían inminente su caída, y quienes le sucederían seguramente adoptarían actitudes muy negativas frente a los países que le hubieran reconocido; por ello, para ganarse de entrada la buena voluntad del anticarrancismo, había que mantenerse alejados de Carranza y de los suyos.³³ Fue ése otro error británico, pues si bien Carranza efectivamente perdió el poder al final de su mandato, también es cierto que quienes le sucedieron—personajes e intereses—no resultaron realmente diferentes. En 1920, el poder quedó en manos de Obregón, que para los británicos simplemente resultó ser un carrancista sin Carranza.

En varias ocasiones Cummins propuso a sus superiores en Londres dar auxilio directo a los anticarrancistas. Entre sus candidatos a la ayuda británica—económica, política y militar—estuvieron desde los odiados zapatistas hasta los felicistas, pasando por Manuel Peláez y Eduardo Iturbide.³⁴ Es verdad que, finalmente, todos estos proyectos subversivos nunca pasaron del papel, pero los carrancistas tomaron

32. La venta de estas empresas esta tratada en Meyer, *Su Majestad Británica*, 238-41, 299-303.

33. Ejemplo de este tipo de mensajes se encuentran, entre otros muchos, en los siguientes despachos: PRO, FO 371, Cummins a Foreign Office, 4 de octubre de 1917 y a embajada británica en Washington, 7 de noviembre de 1917, V. 2963, F. 142, P. 205163 y 214245; en febrero de 1918, pueden verse sus informes en: V. 3242, F. 2429, P. 32647, 32739, 33862 y 36941; para 1919, véanse 12 y 13 de junio, V. 3831 y 3830, F. 60, P. 99625 y 88619.

34. PRO, FO 371, Cummins a Foreign Office, 1, 4, 10 de octubre de 1917, V. 2963, F. 142, P. 209965, 211424, 215347 y 215486.

nota de la actitud del representante británico y de su gobierno. Desaparecido Carranza, Cummins no tardó en desarrollar hacia el nuevo líder, el general Alvaro Obregón, una actitud tan negativa como la que tuvo con Carranza. En estas condiciones, no es de extrañar lo poco receptivas que fueron las nuevas autoridades a las demandas del representante de su majestad británica en México.

Obregón resintió particularmente de la Foreign Office y de Cummins dos cosas: (a) la simpatía británica por los enemigos del general sonoreense, como fue el caso frente a la rebelión delahuertista entre 1923 y 1924 o frente a los intentos conspirativos del ingeniero Alfredo Robles Domínguez;³⁵ (b) el apoyo público que Cummins dio a la señora Rosalie Evans en su campaña internacional contra la política de reforma agraria del gobierno mexicano en general y contra Obregón en lo particular.³⁶ Esta tensión entre el presidente Obregón y Gran Bretaña aumentó tras el asesinato de la señora Evans y desembocó en 1924 en una situación que sólo se puede calificar de ridícula. En efecto, al no lograr que la Foreign Office ordenara el retiro de Cummins de México, el presidente Obregón decidió humillarlo y hacerle imposible la vida en México; para ello lo aisló físicamente en la Legación, impidiéndole salir del edificio, cortándole el suministro de agua, electricidad y alimentos. En esas condiciones, no le quedó a Londres otra salida que notificar a México que Cummins se retiraba y que los asuntos británicos quedaban en manos del cónsul general. Cummins salió del país el 20 de junio de 1924, y la Foreign Office se enfrentó a un doble problema: qué hacer con él, pues no era diplomático de carrera (finalmente lo mandó a Paraguay), y qué hacer con Obregón.³⁷

Así, cuando a fines de 1923 y principios de 1924 Estados Unidos y el resto de las potencias parecían haber llegado a un arreglo con el México revolucionario—tras los acuerdos de Bucareli, Washington reconoció a Obregón—, Gran Bretaña siguió insistiendo en actuar de manera diferente, a contrapelo, aún nostálgica del Porfiriato.

Un gran salto, aunque un poco tarde

Tan mal estaban las relaciones anglo-mexicanas en 1924, que el presidente electo para el período 1924-1928, el general Plutarco Elías Calles, no visitó Londres durante su gira europea. Sin embargo, fue

35. PRO, FO 371, Cummins a Foreign Office, 31 de diciembre de 1923, V. 9557, A16/26/26 y 8 y 10 de enero de 1924, V. 559 y 9557, A914 y 179/12/26; *The Economist*, 15 de diciembre de 1923; PRO, FO 371, Cummins a Foreign Office, 23 de abril de 1920, V4491, A2553/65/26; *Sunday Times*, 29 de junio de 1924.

36. Daisy Caden Pettus, ed., *The Rosalie Evans Letters from Mexico* (Indianapolis: Bobbs-Merrill Company, 1926).

37. Cummins fue enviado a Paraguay y luego a retiro.

justamente entonces cuando la mala relación anglo-mexicana tocó fondo. En efecto, ante el callejón sin salida de su política mexicana, la Foreign Office decidió dar el gran salto y hacer a un lado el orgullo herido por la expulsión de su encargado de archivo. Para entonces, y en términos económicos, México no necesitaba ya mucho de Inglaterra, pues el grueso de su comercio lo hacía con Estados Unidos y era en ese país donde el gobierno mexicano esperaba encontrar los recursos financieros que requería. En contraste, los ingleses sí necesitaban de la cooperación mexicana para sostener su menguadas inversiones en el país—en particular la petrolera—, obtener la indemnización por los daños considerables que había causado la Revolución a los bienes de sus súbditos y, finalmente, lograr la reanudación del pago de la deuda suspendida desde la época de Victoriano Huerta.

Tras una ausencia de más de un decenio, por fin en 1925 el gobierno de su majestad envió a México a un ministro: un competente diplomático de carrera, Sir Esmond Ovey. El arribo de Ovey coincidió con un resurgimiento de las tensiones mexicano-americanas como resultado de una reactivación del nacionalismo petrolero mexicano (la ley de 1925 afectó los derechos adquiridos de los petroleros norteamericanos, holandeses y británicos). En esa coyuntura, el presidente Calles buscó y encontró en Ovey a un interlocutor europeo inteligente y que le sirvió para no aparecer tan aislado de las grandes potencias. Ovey entendió rápidamente los dilemas de Calles y del nuevo régimen y propuso a la Foreign Office e, indirectamente, al Departamento de Estado norteamericano, la conveniencia de enfrentar el nacionalismo mexicano mediante una política de cooptación y no de confrontación. El objetivo de la nueva política debería ser el de buscar la coincidencia de los intereses centrales de Estados Unidos y Europa con los de una élite revolucionaria que ya había entrado en su fase conservadora. Proponía, por tanto, darle apoyo político a Calles y aceptar su discurso nacionalista como legítimo a cambio de que el gobierno de México no afectara, en lo sustantivo, los intereses creados de los inversionistas extranjeros, es decir, que modificara la ley petrolera. En 1927, y tras superar un momento muy crítico en la relación con México, el gobierno norteamericano, en particular su nuevo embajador, Dwight Morrow, adoptó como propia la recomendación de Ovey...y tuvo un éxito sorprendente!³⁸

38. Un examen detallado de la política de Ovey hacia México y su relación con Estados Unidos se encuentra en: Lorenzo Meyer, *The Mexican Revolution and the Anglo-American Powers: The End of Confrontation and the Beginning of Negotiations* (La Jolla: University of California, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, 1985).

Con, y mediante Ovey, el gobierno de su majestad hizo, por fin, la paz con la Revolución Mexicana, pero la hizo con un retraso notable. Gran Bretaña fue la última de las potencias en aceptar al nuevo régimen mexicano, y este retardo tuvo un costo. El éxito de Ovey al lograr que el nacionalismo mexicano fuera integrado y asimilado por el sistema internacional fue, finalmente, un éxito ambiguo, casi una nueva derrota. En efecto, en cuanto el presidente Calles consolidó el acuerdo con Estados Unidos—el llamado acuerdo Calles-Morrow—en base a la receta de Ovey—modificar la ley petrolera, pero sin hacer aparecer este movimiento como una derrota de la posición mexicana—, el mandatario mexicano dejó de necesitar al ministro británico como interlocutor privilegiado y dio ese lugar a Morrow. Así, finalmente, los norteamericanos volvieron a ganarle la partida a los británicos.

El cardenismo y la vuelta al pasado

Para 1930 la preocupación británica en México no era encontrar nuevos campos de inversión, éstos los estaban ocupando los norteamericanos, sino simplemente proteger lo que le había quedado—petróleo, energía eléctrica, tranvías—y conseguir la reanudación del pago de la deuda externa, la compensación para las líneas férreas incautadas durante la Revolución y el pago de indemnizaciones a las empresas e individuos afectados a lo largo de todo el decenio de la guerra civil (1910-1920).

Por una afortunada circunstancia, en 1932 la empresa petrolera anglo-holandesa "El Aguila" descubrió un nuevo e importante campo petrolero en Poza Rica, cuya magnitud probada se calculó en 600 millones de barriles y la potencial de 1,200 millones. Pero la buena suerte de "El Aguila" no duró mucho, pues al finalizar 1934 el general Lázaro Cárdenas llegó a la presidencia y encabezó un proceso de movilización y organización nacionalista y populista de obreros y campesinos que terminaría por dar al nuevo régimen una base de masas y una presidencia extraordinariamente fuerte, capaz de volver a desafiar a las grandes potencias con intereses en México, incluida Gran Bretaña.³⁹ En efecto, el nacionalismo fue parte central de la política de masas del cardenismo, y las empresas petroleras extranjeras resultaron ser un blanco perfecto de la nueva energía revolucionaria.

El objetivo central del gobierno cardenista en relación al petróleo fue obligar a las empresas a reconocer, directa o indirectamente, la validez del artículo 27 constitucional que daba a la Nación la

39. Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo* (México: Era, 1974).

propiedad original de los hidrocarburos, de todos y no sólo de los descubiertos a partir de 1917, fecha en que entró en vigor el nuevo ordenamiento jurídico.⁴⁰ "El Aguila" tenía grandes planes en relación a su nuevo petróleo y el gobierno también; pudieron haber coincido ambos proyectos, pero finalmente no fue ése el caso.

Al principio, los anglo-holandeses estuvieron dispuestos a llegar a un compromiso con las demandas del presidente Cárdenas para pagar regalías sobre los yacimientos recién descubiertos; se hicieron incluso planes para una asociación formal de capital británico con el gobierno mexicano para desarrollar empresas petroleras mixtas.⁴¹ Sin embargo, la oposición de las compañías petroleras norteamericanas a hacer cualquier clase de concesión al gobierno, lo mismo que al recién formado Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana—aliado del gobierno—, puso a "El Aguila" en una desagradable disyuntiva: aliarse al gobierno o hacer un frente común contra ese gobierno con las empresas norteamericanas. Finalmente triunfó la costumbre y, confiando totalmente en la fuerza política de los petroleros norteamericanos y en la presión del Departamento de Estado, "El Aguila" se plegó en 1938 a la posición dura de los petroleros norteamericanos frente a la ofensiva de los sindicalistas y el gobierno: todas las empresas formaron un frente y de plano rechazaron el nuevo contrato colectivo y la mediación gubernamental en el conflicto. Fue éste otro error de cálculo, cuyo resultado fue la expropiación y nacionalización de toda la industria petrolera el 18 de marzo de ese año de 1938. Obviamente, la empresa más afectada, la que más perdió, fue la que en ese momento acababa de hacer las mayores inversiones y tenía los mejores campos y proyectos de explotación: "El Aguila".⁴²

Esta vez el error fue menos de la Foreign Office y más de la empresa petrolera misma. En 1938 Cárdenas contaba con una base de apoyo relativamente superior a la de cualquiera de sus predecesores, y el gobierno de Washington tenía menos motivos que los anteriores para llevar la defensa de los petroleros hasta una nueva crisis en la relación mexicano-americana. Las tensiones en el sistema internacional habían llevado al presidente Franklin D. Roosevelt a diseñar para América Latina la política de "Buena Vecindad". Su objetivo era aislar al hemisferio de las influencias de Alemania, Italia, España y Japón, y por tanto no estaba dispuesto a echar por la borda la solidaridad hemisférica sólo por defender a unas cuantas empresas

40. Sobre este punto, véase a Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, 2a ed. (México: El Colegio de México, 1972).

41. Meyer, *Su Majestad Británica*, 440-46.

42. El proceso que desembocó en la expropiación, puede verse en Meyer, *México y Estados Unidos*, 301-46.

que, para colmo, no habían sido siquiera sus aliados políticos.⁴³

Gran Bretaña rechazó de frente la legalidad de la expropiación cardenista. Estados Unidos, en cambio, la aceptó, aunque condicionándola a la compensación adecuada, inmediata y efectiva, de los intereses afectados. Washington llevó esta demanda a un punto cercano a la ruptura, pero se detuvo antes de llegar ahí. En esas condiciones—diferencia en las posiciones de principio de norteamericanos y británicos—, el gobierno del presidente Cárdenas no se vio mayormente afectado por la ruptura con el gobierno de Londres. Los petroleros anglo-holandeses y la Foreign Office calcularon que la actividad petrolera en manos de mexicanos simplemente no era viable, y que más temprano que tarde Petróleos Mexicanos terminaría en la quiebra y les ofrecería el retorno. Sin embargo, y aunque con dificultades, la industria expropiada sobrevivió y no se llamó a los que se había expulsado.

Las exigencias políticas de la Segunda Guerra Mundial llevaron a que el gobierno de su majestad británica—presionado por el de Washington—aceptara reanudar sus relaciones diplomáticas con México como gesto de buena voluntad por la participación mexicana en el lado aliado. Oficialmente, la normalización de la relación política anglo-mexicana tuvo lugar el 22 de octubre de 1941, y en el nivel de embajadores, ya no de ministros. Sin embargo, el pago de la indemnización petrolera se pospuso, lo que finalmente convino a México, pues el arreglo final tuvo lugar en 1947, cuando la posición económica del gobierno mexicano era relativamente cómoda—gracias al auge exportador propiciado por la Segunda Guerra Mundial—, en tanto que la de Gran Bretaña era, en términos relativos, exactamente la opuesta.

Cuando la guerra terminó, una de las primeras tareas del embajador británico fue la de cerrar, de una vez por todas, el largo y conflictivo capítulo de la relación anglo-mexicana que se había abierto con la caída de Díaz. Además del petróleo, este arreglo de cuentas requirió la reanudación de los pagos por las reclamaciones ocurridas durante la Revolución, un acuerdo sobre los ferrocarriles y los tranvías—que pasaron definitivamente a manos del gobierno mexicano—, y otro sobre los bonos de la deuda externa. Finalmente, en 1960 el gobierno mexicano también adquirió el control de las empresas eléctricas, aunque en ese momento el grueso de las

43. Un estudio a fondo de la redefinición del interés nacional norteamericano en América Latina en esta época, y de lo improbable de una repetición de los conflictos anteriores entre Washington y México, se encuentra en: Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy* (New York: Columbia University Press, 1961).

acciones estaban ya en poder de un consorcio belga y no en manos de los inversionistas anglo-canadienses.⁴⁴

Conclusión

A partir de la segunda mitad de este siglo, las relaciones políticas, económicas y culturales entre México y Gran Bretaña se han desarrollado en un contexto que poco tiene que ver con el pasado. En cierto sentido fue como si en los años cincuenta ambos países hubieran empezado de cero. Y la razón fue que ni el pasado reciente ni el remoto ofrecieron ningún elemento del que se hubiera podido echar mano.

La posibilidad de llevar la armonía anglo-mexicana del Porfiriato al nuevo régimen, si es que la hubo, se perdió muy pronto: con la caída de Victoriano Huerta. A partir de entonces, las posibilidades de reconstruirla, aunque fuera parcialmente, se desperdiciaron una tras otra, sistemáticamente, por el profundo rechazo británico a la Revolución Mexicana y por el desdén de la nueva élite política mexicana a quienes consideraron aliados del antiguo régimen e irrecuperables para el nuevo.

Desde la perspectiva mexicana contemporánea, este rechazo mutuo entre los gobiernos británico y mexicano durante poco más de treinta años y su resultado—la destrucción de la presencia británica en México—, finalmente no resultó positivo, pues al concluir la última etapa de la Revolución Mexicana en 1940, México hubiera podido hacer un buen uso de la diversificación de sus relaciones internacionales. Sin embargo, el distanciamiento económico, político y cultural entre México e Inglaterra, y entre México y Europa en general, no benefició en nada al interés nacional mexicano de la postrevolución, que quedó ligado a los Estados Unidos en exceso. Tampoco el interés británico de largo plazo fue bien servido por este desafortunado desarrollo de la relación bilateral México-Gran Bretaña en la primera mitad del siglo XX, aunque claro, en términos relativos, la oportunidad perdida resulta de mayor importancia para México que para Gran Bretaña.

Como punto final, y retomando el argumento inicial, la Revolución Mexicana no tuvo una vocación internacional sino nacionalista. Sin embargo, ese nacionalismo tuvo efectos en el exterior, justamente en su acción sobre aquellos intereses de las grandes potencias que se convirtieron en símbolos de la resistencia externa al esfuerzo mexicano por darle contenido al principio de la soberanía y del interés nacionales.

44. Todo este proceso de liquidación de los intereses británicos tradicionales en México, se encuentra expuesto en: Meyer, *Su Majestad Británica*, 448-537.